
Docente y estudiante: un viaje de crecimiento mutuo

Verónica González Méndez

Estudiante de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco”, Santa Apolonia, Teacalco, Tlaxcala.

gonzalezmendez.vgm@gmail.com

Como normalista (hoy día) puedo decir que la “docencia” es más que una elección de carrera; significa un compromiso contigo mismo y con los niños que a lo largo de tu carrera te acompañarán en el camino; de hecho, con el paso de estos semestres en la licenciatura en educación primaria, he comprendido que esta palabra tiene un significado más profundo: “cambios radicales”, sí, cambios porque implica aprender y desarrollar una paciencia como jamás lo hubiera imaginado, no con mis alumnos, sino conmigo misma, pues me ha permitido hacer continuas reflexiones de lo que hago como docente, pero también, como alumna normalista; porque sí, en realidad, hago ambas cosas al mismo tiempo.

Mi viaje como docente en formación comenzó en la primera jornada de observación; llegué a ésta pensando cómo sería convivir con niños de quinto grado: si tal vez les gustaría jugar, si les agradaría que fuera su maestra o, incluso, si me verían como tal por mi edad. Dudas que se dispararon al instante cuando entré a mi salón de clases, pues tener una grata bienvenida por parte de mi docente titular y mis alumnos, fue ese pequeño empujón que me condujo a profundizar cómo es realmente la convivencia y el trabajo que se realiza en el aula diariamente. Descubrí que cualquier pequeño suceso cobra un significado especial en el proceso de aprendizaje y de enseñanza, ya sea para bien o para mal.

Recuerdo muy bien sorprenderme del cómo mi docente manejaba a su grupo y, sobretodo, de la forma en la que se podía alcanzar lo que todo docente, me incluyo, soñamos: hacer que los niños aprendan de forma autónoma y con felicidad.

Por ello, pienso que, como docentes somos esa brújula que no sólo guía, sino también, que genera oportunidades para que los alumnos se desarrollen favorablemente; hecho que me llevó a cuestionar

mis propios años como estudiante en la primaria y la forma en la que a mí me enseñaron, que no era para nada igual a lo que en ese momento estaba observando; ¿será que mis docentes nunca se atrevieron a hacer estos cambios radicales?, ¿alguna vez se preguntaron que existen o existían otras formas de enseñar? Éstos y muchos dilemas más inundaron mi mente.

Dilemas que poco a poco fueron encontrando respuesta, a partir de la formulación de una simple pregunta guiada por la curiosidad hacia el docente que estaba observando: ¿cómo logra que sus alumnos aprendan? La respuesta que, en su momento imaginé, fue que lo lograba “a través de algunos métodos o por medio de una guía”; sin embargo, pienso que fue “la pasión a enseñar y perder el miedo al cambio” lo que produjo tal situación; esto cobró sentido, cuando descubrí que la enseñanza no dependía de los niños, sino del mismo docente al salir de su área de confort.

De esto surgió la principal directriz de mi práctica docente en la actualidad: “aprender a enseñar a través de impulsar cambios radicales” pues, a pesar de que el camino a la docencia comienza en las aulas de la Normal, donde se adquieren los fundamentos teóricos necesarios para impartir una clase, es en las prácticas profesionales donde la complejidad del proceso de enseñanza me orientaron a estar dispuesta a aceptar los desafíos y superar los obstáculos de cualquier situación que se me presentara, lo cual puede ser un aliciente para convertirme en una maestra y estudiante perpetua, en busca de nuevas formas de aprender y crecer en compañía de sus alumnos.

Ahora, durante mi jornada, pero ya de prácticas docentes en una escuela primaria, mis primeras clases estuvieron llenas de información, datos y teorías que no eran suficientes para crear ese aprendizaje significativo que yo buscaba generar en mis alumnos. De esto me di cuenta cuando al día siguiente de haber tenido la clase, les preguntaba qué era lo que habían aprendido y sus repuestas eran un “no recuerdo”. Fue entonces cuando decidí pensar en esos “cambios radicales” que en su momento había observado y, por tanto, diseñé y apliqué diversas estrategias que involucraran a los niños en su propio proceso de aprendizaje.

Puedo decir que el cambio no fue fácil, requirió paciencia, flexibilidad y un constante proceso de autoevaluación, mismo que me condujo a mi papel de estudiante a pesar de estar en un rol de docente en la escuela, en el que aprendí a escuchar más, a observar esas necesidades individuales que emergían de cada uno de mis niños y, sobretodo, a adaptar esos métodos que aprendí durante mis clases en la Normal, al contexto y circunstancias en las que verdaderamente convivían mis alumnos día a día. Esta flexibilidad, hacia estos cambios, no sólo han enriquecido mis clases, sino también el vínculo con mis pequeños para crear un ambiente donde todos aprendamos.

El resultado de todo ello ha sido que, el mayor cambio, el más profundo y, sobretodo, el más transformador durante estas experiencias docentes ha sido mi propia mente, pues ser docente me ha enseñado a ser un eterno aprendiz; abrazar que siempre es bueno reconocer que hay más por descubrir y mejorar y, por ello, agradezco mucho esta elección de carrera y de vida.